

Episodios

Adolfo García Ortega

Mondadori. Madrid, 1989

225 páginas. 1.700 pesetas

EL ideal de fundir arte y vida, caro a los artistas románticos, se desvanece en épocas posteriores. En los escritores de nuestro siglo, sobre todo en los poetas, el abismo que separa vida y obra va ensanchándose cada vez más. Se escribe lo que no se puede, no se sabe o no se quiere vivir. A través de la escritura se es otro, se es «el otro» que acaso nos justifica, nos equilibra, nos absuelve. Ésa es la razón de ser, en último caso, de las ficciones a que se entrega el escritor. Y creo que es la que guía a Adolfo García Ortega en esta finta escrita que son los «Episodios»

García Ortega, poeta y crítico, publicó a finales del pasado año «Un fin de siglo», libro que ya preparaba el camino de éste. Consistía en una serie de recreaciones de la voz de muy distintos personajes, protagonistas o espectadores del fin del siglo anterior. La fórmula le permitía sacar la Historia de sus casillas, pintar un cuadro vivo de la época y decir lo que él mismo opinaba convenientemente disfrazado de levita y botas de charol.

«Los episodios» son veintiún fragmentos de una vida, los principales, si nos creemos el título. La vida es la de Osvaldo Mendoza (Buenos Aires, 1930 - Roma, 1984), cronista de boxeo del diario «Clarín», soltero empedernido, resignado a la bebida y envuelto con demasiada frecuencia, para conseguir unos pesos, en aventuras impublicables. Es éste un retrato idealizado del periodista que no existe, mezcla de personaje de cine negro y de existencialista pessoano. El mérito de García Ortega no reside en haber conseguido que parezca verosímil, sino en que parezca argentino. Las sucesivas escenas nos le muestran lúcido y tierno, ridículo y malvado; es decir, como un ser humano verdadero. Situarle en Buenos Aires en lugar de en Valladolid, por ejemplo, hacerle tomar caña y hablar medio lunfardo en lugar de sus equivalentes nacionales, hace precisa una demostración de virtuosismo como narrador, pero corre el riesgo de convertir al personaje en una caricatura. Tras los primeros capítulos, en los que Mendoza anda envarado, empieza a desenvolverse con toda naturalidad, y finalmente comprendemos que es argentino no por su acento, sino por su filosofía. La sensación de haber malgastado la vida, de haber estado siempre en el lugar equivocado y a la hora que no era, reducido a mero comparsa, puro espectador, conecta con lo que decíamos al principio de esta crítica. Mendoza recuerda al final de su vida una pelea que presenció siendo niño, cuando fue tal su miedo que huyó de ella hipnotizado, caminando de espaldas. Esto más que determinar una vocación de periodista deportivo marcó su condición de eterno mirón, de ser el que cuenta lo que hacen los demás, de escribir con la energía con que los demás viven. Y esa impresión de que nuestra vida está por debajo de nuestros merecimientos, de que huyendo del dolor de los puños hemos caído a merced de un daño más íntimo, el aburrimiento, es una sensación común a muchos habitantes, escritores o no, de este otro fin de siglo.

José M. PARREÑO